



Fundador, director, redactor, colaborador, administrador, cobrador, vendedor y repartidor: UN SERVIDOR

Han dejado de formar parte de esta cuadrilla nuestros aborrecibles y aborrecidos compañeros EL DEL «COLMAO», CERVIGUILLO, UN JAY, EL CABO DE PALOS, EL GALLO DE LA PASION y EL POLLO MELENO, por haberse hecho varios trajes de luces sin «diñar luz» en la sastrería de un dependiente de la Empresa.

Les sustituyen — por ahora — CANGUELO, UN SOBRINO DEL TIO JINDAMA, EL RIÑÓN CUBIERTO, ASURÓN. ESTOCONAZO, CINEMATORÓGRAFO, EL DE LAS GUALDRAPAS y TRES-PALITOS.

En caso de inutilizarse en la lidia todos, un servidor hará solito EL ARRASTRE sin necesidad de mulillas, aunque — por causa del natural cansancio — haya de andar luego con muletas.

Al que no esté conforme con este cambio de frente del personal se le indemnizará con las «Lamentaciones de Job», puestas en ripio por el cascotero escritor cristiano Pepe Casulla, y con un retrato de éste, «bondoso y con sonrisa», para que haga juego con otro de Basileisco Paraíso.

Estimando

En su «Diario de un coplero» de El Liberal de hoy, Carlos Miranda nos dedica el romance adjunto, que de todas veras le agradecemos.

Mele ahí ¡jele!:

«Cuatro ingenios de esta Corte dieron a la estampa el martes un periódico taurino, que se titula EL ARRASTRE.

Por su estilo se distingue de los demás de su clase pues dice burla burlando las más amargas verdades.

De quién sea es un misterio, pues hasta ahora no se sabe quiénes son los que lo escriben ni quién es el dibujante.

Pero que es un semanario taurino que «se las trae».

porque pega de lo lindo, no podrá dudarle nadie.

Cuatro «chicos de la Prensa», que yo bien me sé, lo hacen; y, pues son «confrères» míos, justo es que yo los alabe.

Tienen intención miureña, musa rétozona y ágil, y «dicen» cosas atroces con la pluma y con el lápiz.

Y en lindas caricaturas, prosa fluida y versos fáciles, nos demuestran que conocen los recovecos del arte.

Hoy lunes, por la mañana, sentiréis que por las calles pregonan los vendedores á voz en cuello: ¡EL ARRASTRE!

Compradlo, y veréis la «salsa» que tienen esos cofrades y que el tal periodiquito, como os dije, «se las trae».

Reciban los cuatro «socios» mi enhorabuena y mis plácemes, y acepten la ofrenda humilde de este «bombista» romance.

CARLOS MIRANDA.»

Mil gracias por todo, amigo; disponga de estos compadres, que — si fuese usted palmera — le besarían los dátiles, y que están á la recíproca de corazón. Conque mande, ¡que aquí están para servirle servidor y sus cofrades!

LOS ÍDOLOS

EL ARRASTRE es «iconoclasta».

De seguro que los toreros cultos (dicen que lo son Fuentes y Bombita, entre otros) no comprenderán el palabra que hemos escrito entre comillas.

Si tienen curiosidad por saber lo que significa un voquiblo tan abstruso como intrincado, tienen tres medios de conseguirlo:

1.º Consagrar sus ratos de ocio á descifrar las charadas, logogrifos, in-

trínquis y demás «pierdetiempos» del perinclarito Novejarque.

2.º Consultar al Ilustrato, que debe de ser un pozo (tal vez negro) de ciencia.

3.º Hojear cualquier diccionario, siempre que no sea taurino.

Y acaso concluyan por saber lo que quiere decir eso de «iconoclasta».

Pasemos, pues, á hablar de los ídolos á que cierta parte de la afición rinde culto.

El primero es San Vicente Pastor, cuya blusa — como si fuera una preciosa reliquia — es hoy venerada en los altares.

Ya habrán visto sus devotos fanáticos que de nada sirven los ascensores para la suerte de matar toros de bandera, bueyes de arado ni cabritas de manicomio.

¿Qué se hicieron las heroicas proezas y hazañas de que no ha mucho tiempo hablaban los cablegramas de la ciudad de Méjico?

¿Dónde fueron á parar sus arrestos de la última temporada en Madrid, los que á poco más cuelgan su nombre de las fachadas y los faroles de la Avenida de la Plaza de Toros?

Pasaron ¡ay! cual «la verdura de las eras», como dijo aquel Don Jorge Manrique.

El segundo ídolo es nuestro Gallo, cuya cuna es más disputada que la de Colón y la de Cervantes.

Nacido en Madrid (según el archivo de su parroquia), Sevilla quiere que sea suya la tan cacareada honra de considerarle como uno de sus hijos predilectos.

Por nuestra parte, ¡que se lo lleve, y que le haga buen provechito!

El nene de las espantás nos espanta. La calvicie ha muerto... para nosotros.

Y ni pa arroz queremos al Gallo.

El tercer ídolo es Bombita II.

Con éste seremos más benévolos, no porque sea tampoco santo de nuestra devoción (ni muchísimo menos), sino porque se mosquee el Sr. Mosquera.

Si éste le ha sacado del ostracismo, habrá sido en atención á lo peligrosas que son en este tiempo las ostras.

Esperemos, pues, á ver lo que se trae dentro Bombita segundo, para no dar gusto por anticipado á D. Indalecio.

El cuarto ídolo es Rodolfo Gaona.

Respetaremos que está herido (ó, más bien, contuso), para que no se agrave en su indisposición por culpa de nuestras manos pecadoras.

Pero hacemos á la par votos solemnes para que se deje, de una vez, de molinetes y zarandajas, propios de una artista de variétés.

Del toreo á la sicalipsis hay un maleta (ya que no un mundo) de distancia.

Que se cure rápida y totalmente, pues hay tiempo sobrado para hablar de él y de su ultramarino arte.

El quinto... no matar.

Y esto es lo que le sucede al quinto ídolo de esta iconografía tauromáquica.

Porque no creemos que Bienvenida llegue á ser matador de toros, no obstante haber «recibido» algunos, según la opinión de varios revisteros de postín, cartel, campanillas, alto coturno y pretensiones.

Con que sepa «aguantar» nos basta. Más sufrió Cristo por nosotros...

Otros ídolos hay aún; pero con esos cinco es suficiente por ahora.

Ya irán saliendo en otras tandas. Hoy no queremos llegar al sexto.

UN SOBRINO DEL TIO JINDAMA

Por causas ajenas y superiores á nuestra voluntad, sale el presente número sin grabados; pero no se apure el lector, porque ya nos metemos en dibujos nosotros.

Una bomba en petit, y una señora bienvenida (la diosa Primavera), y un gallo que — si canta — da la hora, y un diminutivete de puntera, llenaron una plaza, y aún se ignora cómo las gastará la hojalatero que no siempre ha de ser hojalatero quien salga á pasear per lo torero.

ASTRONOMÍA TAURINA, por CANGUELO

ESTRELLAS CON RABO

Los de la segunda de abono.

¿Hará explosión la bomba chiquitilla? ¿Se vendrá bien la diosa de las flores? ¿Dará mi gallo el do de paletilla? Y el punterete, ¿apuntará? («Ah, señores!» (cliché, lugar común ó muletilla, que gustan de emplear los oradores): el mundo es un fandango, y es un tonto quien no lo baila bien, ceñido y pronto.

Bombillas hay que estallan; primaveras que á veces quedan cual las propias rosas; gallitos que se saltan las barreras, si tienen espantás supersticiosas; y, en fin, diminutivos de punteras que se saben crecer y otras mil cosas; y diosa, punterete, bomba y gallo tienen también lo que me sé y me callo.

¿Qué harán los ocho bichos esta tarde junto á la popular Fuente del Berro? Tal vez se sientan á cual más cobarde; quizá se diga: «el toro, que era un perro...» y acaso — haciendo de valor alarde — resulten dignos de su noble hierro. Si no está á bien con Dios Santa Coloma, ¡que con su pan bendito se lo coma!

Nuestras efemérides

7 de Octubre de 1900.

!!!MIURAS!!!

Fué aquella, sin duda alguna, la corrida que mayor impresión habrá causado en el público de Las Arenas, de Barcelona.

La tremenda desgracia de que fué víctima el valiente y pundonoroso diestro madrileño *Dominguín*, que tantas simpatías contaba entre la afición, y el valor y serenidad de que hizo gala su compañero el arrojado matador *Algabeño*, hacen de la mencionada corrida una de las epopeyas más grandes del espectáculo nacional.

Los toros de Miura fueron: *Desertor*, negro, blando; *Temerario*, berrendo en negro, bueno; *Flamenco*, negro, blando; *Chaparro*, negro, bueno; *Ligero*, negro, bueno, y *Javato*, cárdeno, blando.

Dominguín, á la salida de la segunda vara del primer toro puesta por *Badila*, quiso hacer el quite, siendo enganchado, suspendido y arrojado en tierra, quedando tendido, como inerte, y siendo al instante recogido por las asistencias y conducido á la enfermería en una camilla que se adosa perfectamente á la cama de cristal que existe en el centro de la sala de operaciones de aquella plaza.

Reconocido por el doctor Raventós, dictó éste el siguiente parte oficial:

«El diestro Domingo del Campo *Dominguín* ha sufrido una herida penetrante en la región inguinal izquierda, de 17 centímetros de profundidad, pero no ha llegado á interesar el peritoneo.—Pronóstico grave.»

Se le dieron al infortunado diestro 18 puntos de sutura, sufriendo tres colapsos cardíacos.

A las seis y media de la tarde fué viaticado, falleciendo—en medio de dolores agudísimos—á las nueve y tres cuartos de la noche.

El toro *Desertor* aguantó (bueyando) seis varas, sin ocasionar bajas en las caballerizas; fué pareado por *Sevillano* y *Rodas*, y murió á manos del *Algabeño* de una superiorísima estocada.

En la lidia del siguiente toro, *Temerario*, el picador *Moreno* sufrió fuerte conmoción cerebral.

Algabeño mató toda la corrida superiormente, siendo objeto de continuadas ovaciones.

El entierro del infortunado *Dominguín* constituyó una gran manifestación de duelo, por la numerosísima concurrencia que acompañó al cadáver á la estación.

¡Así morían y mataban aquellos bravos en los tiempos del pundonor y de la vergüenza torera!

Perro chico á perro chico,
va á hacerse EL ARRASTRE rico.

COLMILLOS

El del silencio:

Jugar al chito en la plaza del Callao con el Habla-poco.

El de la suerte de picar:

Hacer que los bueyes tardos tomen diez varas de nardos.

El del desprendimiento católico:

Dar una Verónica al cura de la Cara de Dios.

El de la tacañería:

Pedir un pase en redondo para un ferrocarril económico, y no dar las gracias á la Empresa.

El del aseo personal:

Bañarse con el Agua-limpia en la pila bautismal de La Seo.

El de la guasa viva:

Burlarse del agua de Burlada desde un burlderero de burlete.

ASAURON.

Suerte de frente por detrás

Entre los mil y un apreciables críticos de que dispone la fiesta nacional existe una «caótica» disparidad de opiniones acerca de la denominación que ha de darse á la suerte de capa que, hoy por hoy, constituye la especialidad de Gaona; unos la llaman, titubeando, *suerte de frente con el capote por detrás*; otros, capotazos á lo Gaona, y otros, simplemente *gaoneras*, en la persuasión de que ello constituye un invento del espada de Méjico.

Yo, por mi parte modestísima, debo decir á ustedes, señores míos, que la tal suerte no es nueva ni tampoco inventada por un diestro determinado cuyo nombre haya pasado á la posteridad escrito en mármoles y en bronces para enseñanza de lo futuro. Bastará con decir que en tiempo del célebre licenciado de Falces, quebrador, que tampoco inventó los quiebros, era antigua ya, y que el propio señor licenciado sabía practicarla con singular limpieza. Es la suerte que en los pasados tiempos se conoció con el sencillo nombre de *suerte de frente por detrás*, y que la ignorancia de unos diestros y la falta de valor en otros para practicarla como se debe hizo confundir con el *torco á la aragonesa*, que es lo que hasta ahora equivocadamente se tuvo por la tal suerte. En las capeas de Aragón ejercitábanse á lo antiguo los mozos baturros en burlar á las reses con las mantas multicoloras, echándolas por detrás de la espalda y toreando así.

De frente, dando el pecho al bruto, con el capote cogido y extendido por detrás, es como practicaron la suerte de frente por detrás Jerónimo José Cándido, el maestro del oficio de torear en la Escuela sevillana; y Curro Guillén y su coetáneo el *Morenillo*, y posteriormente Curro Cúchares; y así, después de un gran espacio de tiempo, por intuición y no por tener un modelo á quien imitar, la ejecuta también Gaona, aunque ahora, según parece, la ha viciado un mucho, por el pernicioso afán de los revuelos y los adornos sin fundamento.

La pura suerte de frente por detrás es como la llevaba á efecto el mencionado lidiador en el año último; es decir, dando primero dos ó tres verónicas, para observar si el toro acudía suavemente al capote; alzando luego los brazos en un rápido farolillo y dejando caer gallardamente el capote á la espalda, quedándose de frente á la res, citándola en esta forma, llevándosela embebida, girando el cuerpo hacia la derecha ó hacia la izquierda, consintiendo siempre y repitiendo hasta que el toro acusara malicia.

Esta suerte requiere valor, elegancia y soltura de brazos, y no es para toreros del montón, carnosos y torpes. Fuera de Gaona, no la podrían ni sabrían ejecutar más que otros dos: Antonio Fuentes, de no estar en rehenes de su falta de facultades, y Ricardo Torres *Bombita*, que es un torero ágil y (sano al parecer).

MAESE VERDUGUILLO

De Mosquera es la divisa:
«Soy el de la puya lisa.»

Cacareos al alimón

Tengo yo una pena, pena,
que no se cura con nd;
que m'atorea á mí er toro
y no lo pueo matar.

Yo estuve queriendo á un hombre
con más fatigas que Dios;
pero, aunque ellas son muy negras,
más negras las pasa él hoy.

Cuando quise no quisistes,
y ahora que quieres no quiero;
yo me queo sin mi gallo,
tú te queas sin tu imperio.

En los libros del olvido
me manda Dios que te ponga;
quisá algún día preguntes:
¿en donde está la pastora?

Yo soy aquer que murió
y he vuerto á resusitar,
y en la plasa e toros supe
quién me quiso bien ó má.

¿De qué te sirve que digas
que de fibre estás jerío,
si ya no tiene remedio
lo qu' á ti t' ha susedio?

Ya he roto las cadenas
que me ligaban á ti;
si tú bailas cuanto quieres,
déjame bailar á mí.

A la Virgen del Rosario
le pido de corazón
que de las tablas te apartes;
que han de ser tu perdición.

Vestío de negro y oro
t' he de ver por esas cayes,
t' has d' hincar de rodijas
pa ver si arguno t' aplaude.

Tú te ríes de mi llanto,
y puede ser que algún día
yo te vea á ti llorar
al salir de una corria.

Corazón mio chiquito,
no seas tan embustero;
que si ella te da mal pago,
tú se lo diste primero.

No me digas tú «morena»,
porque te diré «tumbón»;
y el ser tumbón, es delito
y e ser morenita no.

ESTOCONAZO.

EL ARRASTRE es el guasón
de mayor circulación.

Nuestros recursos

¿De quién eran las pantorrillas?

Entre los 844 boletines recibidos en esta Administración, únicamente 157 traían la solución exacta.

Verificado un sorteo entre los firmantes, resultó agraciado (no sabemos si también lo será de rostro) *D. José Fernández Grados*, que habita en la calle de *Casto Plasencia*, núm. 2, tercero derecha.

Dicho socio puede pasarse el sábado próximo por la Administración de EL ARRASTRE, en donde le será entregada la localidad para la tercera corrida del presente abono, según lo ofrecido en nuestro número anterior.

¡Ah! Las pantorrillas eran las de VICENTE PASTOR (a) EL ÍDOLO MADRILEÑO.

En el número tercero de este descarado periódico publicaremos el SEGUNDO CURSO DE EL ARRASTRE.

Cuadrilla de pájaros

(Del libro *Alma torera*, publicado recientemente.)

I

No recuerdo en qué año ocurrió el verídico suceso cuyo relato, curiosísimo y por demás interesante para cuantos á las cosas que con la fiesta nacional se relacionan tienen afición, voy á hacer; pero seguramente no han transcurrido muchos inviernos, que no siempre se ha de contar por primaveras, puesto que viven y no son viejos algunos de los personajes que en él intervinieron como actores.

No es cuento, es historia, que, como todas las que con los toros ó toreros tienen alguna relación, posiblemente no será completamente desconocida; pero valga por lo que valiere, para que los que la saben puedan recordarla, y para que la aprendan los que la ignoren, aquí se me antoja referirla, porque digna de referirse la creo.

«Y si, lector, dijeres ser cuento,
como me la contarón te la cuento.»

II

En Badajoz, donde hay sobra de afición taurina, que contribuyen á fomentar algunos ricos desocupados, amigos personales de todo el que viste ó ha vestido alguna vez el traje de luces, vivía no hace muchos años un viejo lidiador de toros, que en sus mocedades había lucido su «garbo» y su habilidad en casi todas las plazas extremeñas, y que era conocido por el apodo de «el Cuervo».

En la época de referencia «el Cuervo» vivía retirado de la afición, atendiendo á las necesidades de su vida con el producto de su trabajo.

Era carpintero, y continuamente veíasele ocupado en aserrar maderas, fabricar muebles ó mover la cola, que todos los menesteres del oficio tenía que ejercer «el Cuervo» en su taller, donde no había más oficiales ni aprendices que su propia persona.

Pero, como no inútilmente el hombre había recibido alternativa de matador de toros, se acordaba con frecuencia de sus triunfos, y siempre que tenía ocasión y contaba con auditorio dispuesto á escucharle, complaciase en referir una por una sus proezas, lamentándose de lo poco que el arte había adelantado desde que él se retiró; aunque sin cortarse la coleta, porque la coleta—decía él mismo—no debe cortársela ningún torero que se estime en algo, aunque deje de torear.

Un día llegó al taller del émulo de *Pepe-Hillo* un empresario de tres al cuarto, que tenía necesidad de buscar una cuadrilla barata, para que «echasen fuera»—como en el «garbo» taurómico se dice—cuatro «pavos» en la plaza de Alburquerque. Expuso su deseo, y el «Cuervo», á los sesenta años de edad, comprometióse á ejercer sus facultades de primer espada, encargándose además de buscar la gente que le había de ayudar á salir airoso de aquel compromiso.

Abandonó el hombre sus herramientas del oficio, púsose de punta en blanco, cerró su taller, y salió presuroso en busca de muchachos inteligentes y valerosos que quisieran contratarse. A éste hablo, al otro le dejo de hablar, y por una calle entro y por otra salgo, llegó al obscurecer á la de Jarilla, donde encontró al «Cernicalo» sentado á la puerta de su casa refiriéndole á un corro de vecinos sus correrías.

—¿Y qué te pasó, «Cernicalo»?—preguntaba un mocetón recio y bravo, que medio tendido en el suelo escuchaba al aficionado con la boca abierta.

—Pos na, hombre. Que me colé en er tren sin billete, porque no abiyelaba parnés pa mercarlo, y apenas echamos á andá, llega el revisó.—Er billete—me dice.—Se me ha perdido.—Pos tiene usté que pagá doble.—¿Ha hecho usté siete y media, amigo?—Llama á la guardia civil creyendo que me pitorreaba, y me dieron un «tute» que me río yo de los buenos jugaores.

—Déjate de juegos, y vente conmigo, que tenemos que hablar—dijo el «Cuervo» interrumpiendo al «Cernicalo», que apreturóse á levantarse.

—¿Hay corria?

—Y de mucho compromiso.

Y ambos empezaron á andar, sin despedirse del grupo de vecinos, que no vieron con buenos ojos que el «Cuervo» se llevase al «Cernicalo», quitándoles la diversión.

Ambos toreros fueron á un café, donde ya

os esperaban como una veintena de aficionados, que al olor de la contrata habían acudido diligentes en solicitud de un puesto en la cuadrilla.

Todos pedían mucho dinero al principio, y todos se ofrecieron a torear gratis, con tal de «salir»; pero como eran muchos, y la cuadrilla no podía constituirse con tantos, hubo necesidad de prescindir de aquellos que menos aptitudes tenían, á juicio del «Cuervo», y todo quedó convenido á satisfacción del anciano lidiador de toros, que estaba que no cabía en sí de gozo al pensar que iba á reverdecir sus laureles.

La cuadrilla la componían: el «Cuervo», el «Gorrion», el «Canario», el «Cernicalo», el «Lechuza», el «Jilguero», el «Pajarito» y el «Liebre», apodos de ave, excepto el del último, y por esta razón el empresario, al tener conocimiento de las personas que iba á llevar á Alburquerque, dijo que en vez de cuadrilla iba á torear una bandada de pájaros.

La frase se hizo camino, y cada vez que por las calles de la urbe extremeña se veía á alguno de aquellos individuos, se decía: Ese es de la «cuadrilla de los pájaros».

III

Reverte, el valeroso diestro de Alcalá del Río, que tan esclarecido nombre ha dejado en la historia de la tauromaquia, comenzaba, por la época en que ocurrió el suceso de referencia, á sostener aquella famosa competencia artística, que tanto dió que hablar á los aficionados, con el entonces colosal astro de primera magnitud que se llamaba Manuel García «Espartero», y por recomendación de un amigo suyo, residente en la capital de Extremadura, había prometido al «Canario» llevarse de peón en su cuadrilla, si en las fiestas de toros que en aquel verano tomase parte demostraba ser digno de vestir el traje de luces.

El «Cernicalo», que había obtenido de Mazzantini, en cierta ocasión, la honra de servirle de mozo de estoque, pretexto que le sirvió para asistir de gorra á una corrida, creyéndose sin duda por esta razón más torero que el célebre «Paquiro», había escrito, al ser contratado, al diestro de Elgóibar, recordándole aquel servicio y solicitando su protección. En dicha carta ofrecía el «Cernicalo» rayar á gran altura y dar motivo para que hablasen de él los papeles. Y ya con esto veíase el «Cernicalo» tomando la alternativa de manos del propio Mazzantini, su padrino, como desahogadamente le llamaba él al torero-político siempre que de éste se hablaba.

Así es que el «Canario», que ambicionaba torear al lado de un buen maestro, por esta causa, y cada uno de los demás de la «cuadrilla de los pájaros», por otra; el «Cuervo» por su deseo de reverdecir sus laureles, y todos por quedar bien, no había uno que al salir para Alburquerque no fuese decidido á nublar las glorias del propio «Chiclanero», y contentos y deseando que llegara la hora de verse en la plaza emprendieron el camino, llegando á la citada villa al atardecer del día anterior al de la fiesta.

La mayoría de los animosos y noveles toreros, en su deseo de figurar en el cartel, no iban á cobrar dinero alguno por su trabajo; pero la empresa se había encargado de costearles el hospedaje, y por cuenta de la empresa se les habilitaron camas en la posada del pueblo, se les sirvió una buena cena, y al día siguiente, el en que iba á verificarse la corrida, se les preparó para almorzar una enorme cazuela de arroz con bacalao, que á pesar de la sobra de apetito que de los muchachos disfrutaban, no fueron capaces de consumir.

Era la última comida que por cuenta del empresario iban á hacer, y todos comieron más de lo que les convenía; pero, como á pesar de ello, les sobrara arroz en abundancia, el «Pajarito» tuvo el buen acuerdo de echar el contenido de la cazuela en un papel grueso, que el dueño de la posada le proporcionó, guardándoselo después entre la faja que llevaba á la cintura.

Y después de almorzar, y de pasear sus gentiles personillas por las calles de Alburquerque, cuyo vecindario les contemplaba con asombro, comenzaron á vestirse sus respectivos trajes, cuyas luces iban todas apagadas, disponiéndose así para la corrida.

La plaza estaba rebosando; todo el vecindario de Alburquerque, y muchos aficionados de los pueblos próximos y aun de la misma capital de la provincia, deseosos de ver al «Cuervo» torear á los sesenta años, habían acudido, pre-

firiendo saber por ciencia propia lo que por sí mismos podían saber antes que nadie que se lo contara.

Comenzó al fin la fiesta, con regocijo de los espectadores, y no con mucha satisfacción de los toreros, á quienes, para desengrasar, les soltó la empresa un buey de doce años de edad, con muchas libras y con metro y medio de pitones, que sembró el pánico entre la cuadrilla.

Desde el primero al último de los lidiadores sintieron al ver en la plaza aquel «pavo» tal «jinda», que las piernas de todos comenzaron á temblar.

Nadie se atrevía á echar al buey su capote, y uno tras del otro, todos los individuos de la cuadrilla andaban tan atortolados y confusos, que los espectadores comenzaron á gritar llenándolos de improperios.

El «Cuervo» excitaba á los muchachos, diciéndoles que el bicho no se traía nada; pero éstos creían que el primer espada debía darles ejemplo de valor, siendo el primero en abrirse de capa, y el uno, por los otros, el tiempo transcurría, el público gritaba cada vez con más fuerza, y el presidente no sabía qué partido tomar.

El «Pajarito» fué el que, deseando poner término á aquella situación embarazosa, se atrevió primero, y apenas desplegó el capote, y sin él esperarlo, el «buey» lanzó en su persecución, alcanzándolo y volteándolo aparatadamente.

El susto que todos experimentaron no es para descrito; porque, al ser el muchacho lanzado al aire por el cornúpeto, brotó de entre la faja del joven torero un chorro de arroz, tan prolongado y abundante, que algunos espectadores creyeron que era sangre blanca, y así lo creyó también el «Liebre», quien, veloz como un rayo, tomó el partido de poner los pies en polvorosa, desapareciendo de la plaza, sin que nadie volviese á verlo.

Cuando el público se apercebía de que lo que llevaba el «Pajarito» en la cintura era el arroz que le había sobrado del almuerzo, la «chifla» con que fué obsequiado el torero oyóse en diez leguas á la redonda.

De escándalo en gritería, y de gritería en escándalo, pasó el público la tarde sin que ninguno de los «maletas» que pisaban el ruedo hiciera nada que justificase su afición taurina. Los cuatro bueyes fueron conducidos al corral por los cabestros, después de pasarse por la plaza, donde no encontraron á nadie que se les pusiera delante.

El presidente dió orden de detener á los lidiadores, y le impuso una crecida multa á la empresa; pero ni los toreros fueron habidos ni la empresa, como siempre ocurre, quiso pagar.

La cuadrilla, sintiendo sin duda la suerte que les esperaba, había «tomado el olivo», y uno tras otro salieron «de najas», y á buen paso, con billete de carretera, regresaron á Badajoz, sin haber tenido tiempo de quitarse el traje de luces.

Los viandantes con quienes tropezaron en el camino, asombrados de ver á los toreros corriendo como alma que lleva el diablo, les hicieron víctimas de toda clase de burlas; pero la cuadrilla, sin darse ninguno por aludido ni volver siquiera la vista atrás, proseguía su carrera, como si los toros fuesen todavía en su persecución.

Jadeantes y sudorosos llegaron á media noche á un ventorro, próximo ya á la capital, donde el «Liebre» los esperaba, todavía con el traje de luces y destrenzada la coleta.

Grande fué el asombro de todos cuando al contemplarse respectivamente se dieron cabal idea de su ridícula facha y de la bochornosa situación en que se encontraban; pero todo ello no fué inconveniente para que los unos y los otros relatasen el sinnúmero de proezas realizadas ante los cornúpetos, como si pretendieran, al mentir tan descaradamente, engañarse á sí mismos.

—¿Por qué huiste al empezar la corrida?— Preguntó el «Canario» al «Liebre» apenas se reunieron en el ventorro.

—¿Qué querías que hiciese? Apenas vi que el primer «pavo» echó por el aire el «Pajarito», comprendí que tenía intención de que todos volásemos, y como todos vosotros tenéis alas, porque sois aves, y yo soy el único que no las tengo, me dije: echaré á correr, y por mucho que corra, ellos volando me encontrarán en el camino. Ya creí que estaríais todos en casa.

A la mañana siguiente el «Cernicalo» entró en su casa mohino y avergonzado, y su padre,

al verle en situación tan lamentable, quiso cortarle la coleta.

—¡No me la corte usted, que va usted á quitar el pan á mi descendencia!—gritó el torero defendiéndose de las iras y de las tijeras paternas.

Pocos días después, el «Canario» recibió una carta de Reverte, en la que el famoso diestro le quitaba toda esperanza de llegar á formar parte de su cuadrilla.

De Mazzantini no obtuvo el «Cernicalo» contestación alguna.

La carta del torero de Alcalá del Río terminaba con el siguiente párrafo:

Como digo lo que veo,
soy LA VERDAD del toreo.

«Estoy enterado de too, y no quío llevá á mi vera ningún pájaro, porque mi cuadrilla se compone de hombres.»

A pesar de esta jornada tan desgraciada, el «Cuervo» no quiso morir siendo víctima de la «rechifla» de sus paisanos, y cuando tuvo ocasión volvió por su prestigio y por su nombre, saliendo nuevamente á torear á la misma plaza, de donde, después de ser cogido por un buey de ocho años, se le trasladó en una camilla al hospital, falliendo pocos días después.

PRIMORES

Risa para todo el año
doy al propio y al extraño.

LOS CRITICONES DE «EL ARRASTRE»

Sigue el «choteo»

Segunda cabritería de abono recibida y aguantada en Madrid el día 14 de Abril de 1912.

EL DESPEJO... DE UN EMPRESARIO

Ná; qu'á Nuestro Señor (*virgo Mosquera*) le vino tan rebien con la primera bueyá pa su negocio, que se dijo: «Mejó me irá con la segunda, 'e fijo; y aún mucho más mejó con la tercera... Conque, en er nome er Pare, y er der Hijo y er der Espiritu Santo (*qu'é Retana*); ví á jasé la combina más gitana que s'ha visto en la Plaza 'e los Madriles. Yeno con ocho bichos los toriles; y traigo ar Bomba, ar Gayo, ar Bienvenia y ar Punteré, asín tengan los siviles qu'atorea ar finá de la corria... La cuestión es que yo me redondee, ¡manque er verbo divino se mosquee!»

Calló el sabihon lo y avispao viejo, que es hombre de pupila y de despejo; y ahora er lector curioso—si me lee— verá que ya no *cabo* en mi peyejo. Pos, de seguir asín Santa Coloma, Nuestro Pare Jesús der Gran Poer va á desirle á Mosquera que «ni en broma»; y ar miserable ansiano lo he de ver camino der Hotel de la Paloma, ¡pa que purgue sus crímenes de ayer!...

Los cuales crímenes fueron dos: uno, el poner los precios de las localidades más altos que la guardilla en que vivo ahora por no pagar el impuesto de inquilinato; y otro, el «colocarnos» ocho cabritas huérfanas.

Pero, por mí, que siga el «choteo» Al fin y al cabo, todas las reses son iguales ante el arrastre. Y ya sabemos en qué pararán las pompas fúnebres de este mundo: en el «indaleciente» barro de donde salieron Adán y Eva, nuestros papás desnaturalizados.

Mas dejemos á los papás y vamos á hablar del Papa *Bombita II*, cuya vida guardé Dios muchos años.

Papa non é morto.

¡Vive Dios que no ha muerto el Papá todavía! A pesar del «despacho del otro mundo» que trabucó hace un siglo don *Indanecto* (como le llama un aficionado), Su Santidad e-tá que echa «jumo».

Claro es que no podía hacer otra cosa. Su reaparición en la cátedra de San Pedro le obligaba—más que á un *motu proprio*—á una encíclica. O, expresándome á lo profano: que había de poner toda la carne en el asador, y cambiar la onza que tiene y jugarse á cara ó cruz el cartel.

¡Salíó ganancioso del *albur* (porque del gallo casi siempre resultará triunfante); se quejó sin un tomin de la enza, y en los purísimos huesos á la hora de asar?

Para los incondicionales, sí. Para los descontentadizos (entre los cuales tengo la honra de figurar), no.

En su primero—y después de un brindis más largo que un discurso de don Faustino—comenzó moviéndose mucho en el pase natural de tanteo; y, como el cansancio suele preceder al «sornar», el de Tomares dormitó según dicen que *ali-quandoque* hacía el bueno de Homero.

Abusó de los pases ayudados por bajo (que son la especialidad de la casa), de la melosidad del toro (que parecía entera-

mente de arroje) y de la paciencia del público.

Eso sí, la faena fué muy vistosa, y Ricardo se mantuvo siempre á una centésima de milímetro de las astas.

Se tiró á matar como el que despierta de un sueño; y, metiéndose con fatigas, clavó la espada nada más que regularmente, pues la estocada resultó caída y con vistas á la travesía de la Ballesta.

Y sacó rota la tal-guilla por el sitio en que hay que desabrocharse.

Total: bien; pero sin merecer los honores de la apoteosis.

En su segundo fué otro cantar; como éste:

«En la plaza se oyen tiros;
en la plaza se ha de entrar:
pena de la vida tiene
todo el que se vuelva atrás.»

Y el Papa entró en la plaza de San Pedro de Roma, alto, erguido, jacarandoso, ni más ni menos que su antecesor Sixto V después que hub' arrojado le muleta (no de torear, es claro), para hacer «de» rabiar á los cardena'es que le creían punto menos que inutilizado para la lidia pontific'al.

PAPAM HABEMUS! NON É MORTO!... ¡Vava un *Te Deum* que nos cantó el Beatísimo Padre! A toda orquesta, amados primos míos en el Señor. (En el señor D Indalecio de la Mosquera.)

Bien que el choto era imbécil de nacimiento y algo así como un becerrillo del bazar de la Unión.

Además de ello, á la hora del tránsito á mejor vida era más «guasón» que Ontiveros (quien, digámoslo entre paréntesis, va á establecer una nueva freiduría, aparte de las dos que ya tiene: la del pescado á la andaluza, y sus «memorias» de *La Hoja de Parra*, que me fríen todas las semanas la sangre).

Pues bien; nuestro Soberano Pontífice, aislándose del Sacro Colegio y sin más inspiración que la de su celestial *suggeritore* el Espíritu Santo, salió á los medios de la basílica y puso cátedra de oratoria sagrada.

Si que sus palabras las dijo más encorvado que León XIII; pero después se irguió, y ríanse ustedes de Pío décimo, el gallardete anciano (No sé si he dicho una irreverencia. Si es así, Dios me la perdone.)

Tres párrafos de un elocuencia sobrehumana constituyeron el exordio de su discurso. Y el epílogo (que pronunció con el brazo suelto, acitud no muy airosa en un orador de sus *campaniles*) fué un derroche de perfección en el divino arte de la oratoria.

¡Eso es hablar bien, Papa blanco! Los peregrinos, que llenaban el templo, hicieronle una ovación ruidosa, frenética, episcopal.

Y el concurso pidió que le diesen una oreja, lo cual me hace suponer que el Pontífice es algo sordo.

No ha muerto el Papa, hermanos míos. *Alleluia, alleluia!*...

El que se quedó sin su imperio.

«Tengo yo una pena, pena, que no se cura con ná...»
Con la capa, sí; con la espada, no.
¡Qué verónicas, qué navarras y qué faroles para una retreta militar de primera clase, y qué soberanísimo quite, los que dió á su primer chotejo!

Ni el de Urbino, aquel coloso del Renacimiento italiano, pintaba como este Rafael pinturero de mis pecados.
¡Qué clasicismo, qué elegancia, qué arte!
¡Y qué entusiasmo el del apreciable concurso!

Pero luego el gallito me agrió la fiesta: ¡todos los picotazos van á la cresta! Muy bien matas los toros; pero á mansalva: ¡y es que la cobardía, la pintan calva!

Mucha sabiduría, sí, señor, con el trapo rojo; pero ¡ay! que no sólo de pan vive el hombre.

Dos puñaladas traperas en el pescuezo de la resina (diminutivo de res en bable), volviendo «todo lo que Dios le dió»; tres cuartos de estocada, perpendicular y más atravesá que el alma de Judas; tres intentonas, para de-cabellar á la cuarta y...

La silba debió de oírse en el Madrileño.
—No me vengo (dirá Pastora); porque, para vengarme, él se basta.

A su segundo. «Pelofino», lo lanceó unas mijajas por lo ordinario.

Este orfebre, cuya especialidad son las filigranas con el capote, lo echa todo á perder con sus «pantás» injustificadas.

Y, á la hora de la verdad, ¡¡mentira!! Desde que la cabrita saltó al ruedo estubo toreado al ex emperador del baile andaluz; pero, cuando el de las de Gómez se le acercó armado de todas armas, aquello fué el delirio, el acabóse y el «non plus ultra» de lo malo.

Con ser tan horrible la faena, todavía resultó más indigno lo otro.

Dos sablazos de á una cincuenta en el cuello de «Pelofino».

(¡ay, qué fino; ay, qué fino, el pelo que tiene el indino!), y la degollación de los Inocentes, en medio de una serenata de pitos ¡que ni en la pradera del Santo!

Nada; que la calvicie ha muerto.

R. I. P.

—¿Pero este gallo poltrón es el hijo de Fernando?
—No, señora; este guasón es el gallo de Marón: sin plumas ¡y cacareando!...

El Papa negro.

Yo aconsejaría al paisano que, si alguno va á visitarle en su domicilio particular, dé orden á la sirvienta para que diga: —El señor no recibe.

Porque eso le sucede en la Plaza.
¿Que Mano'o es un torerito bueno?
¿Qué duda cojea, digo, «coge»!

¿Que sabe jugar los brazos como mandan los cánones, y que tiene «puplaje» para los quites? ¡Anda la Verónica! ¡Ya lo creo!

¿Que en el tercero de la tarde estuvo muy valiente y muy artista con la fámula (ya me he colado yo otra vez), con la flámula? Sí, señor.

Pero vamos, que no recibe. Porque eso de recibir á medias es como entre-abrir á puerta á los visitantes y dejarlos en el descansillo de la escalera.

Tres citaciones para recibir... un disgusto le dió al «Ranchero»; mas éste se quedó en la cocina adobando el «piri». Otros tantos zurríos leves, y una casi entera en lo alto, pero delantera y desprendidilla, compusieron (ó mejor dicho, descompusieron) su faena con el estoque.

Hubo palmas al valor y á la voluntad, porque el chico viene con ganitas de quedar bien.

En su segundo (el toro más bravo de la tarde) no hizo cosa alguna de provecho con el capote.

Quedó mal con los palitroques (como también el Gallo, á quien se los brindó hidalga, gentil y galantemente); pasó al principio por lo mediano nada más, y vuelta á su empeño de recibir.

Se enmienda después con el trapo rojo, jugándolo bien y vistosamente; intenta de nuevo la consabida suerte, tornando á pinchar en lo durillo de roer, y acaba con un volapié formidable é inmaculado.

«Ovacionaza» y agitación universal de pañuelos para que se le otorgue la oreja. (¿Pero estamos en Castronuño?...)

El presidente cierra las suyas al vocearío del senado, y Mejías recibe de éste, una segunda ovación mayor que la del «proemio»; vaya, una especie de premio de los de «consolación».

Y el usía lleva lo suyo.
Sintetizando:—Que el señor no recibe.

El «bibelote» de Madrid.

Nuestro minúsculo *Punteret* (cuyo alias ya es de por sí diminutivo) fué el héroe de la tarde, á mi juicio humilde y mode to.

Tiene este niño unos riñones que para sí los quisiera un caballo padre. ¡Ni el de la Plaza Mayor, amigos!

¡Rediezla con el chiquitín de la casa!
¡Vaya un modo de limpiarle el sudor á Cristo, y una gracia para encender faroles!

El «Guapito» (su primer toro) mugía, babeando de gusto:

—Este es más guapito que yo.
Un artistazo colosal, aunque en miniatura.

¡Y qué faena la que hizo con la bayeta de paño bermeje! Óptima, inenarrable, suprema.

Y á un dedo meñique de los pitones, sencillamente.

Con el estoque no me gustó ni le gustó á nadie. Un pinchacillo sin entrar de veras por uvas y una entera, estirando el codo, en una arrancada del cabritillo, que bastó—por casualidad—para despenar-le.

Corramos un velo, y á otra cosa.

Lo mismo exactamente le ocurrió en el segundo choto.

Filigranas con el capote y con la muleta, coreadas con olés y palmas de entusiasmo unánime; un pinchazo en hueso; dos medias tostadas de arriba sin manteca poca ni mucha, y un descabello á la tercera.

«N'es por ahí», caro *bibelote*.

Juicio final.

Con el cap t'n t'n t'n: Rafael Gómez y *Punteret*.

Con los palos: el *Moreno* y el *Patatero* en el de entrada, y *Rubito de Zaragoza* en el de finiquito y liquidación de cuentas.

Matando: el Papa blanco en primer lugar, y después el negro.

Con la muleta: mi *Punteret* y el *Gallo* de ustedes.

Picando: ni el astro-rey siquiera.
Los cabritillos: buenos, gracias. ¡Siga el «choteo»!...

La entrada, para que el Monte de Piedad se haga rico y ni Dios pague el impuesto de inquilinato.

En resumen: que la calvicie ha muerto y el Papa no.

CINEMATORÓGRAFO.

P. D.—No choque á ustedes que EL ARRASTRE no se moleste en reseñar las novilladas de mala muerte de Tetuán y Carabanchel de Abajo.

El género chico no nos gusta.
Y el género ínfimo, ¡quita allá!

Sólo le agrada y place la alta comedia.

VALE.

No sólo por el dinero se conoce al buen torero.

«Comparanzas, y «diferencias».

¿En qué se parecen uno que toma agua bendita y otro que da una hasta la cruz?
En que los dos se mojan los dedos.

¿Y Antonio Fuentes á un contador estropeado?
En que ya no puede correr.

¿Y Sevilla (hoy) á una persona que molesta en casa de alguno?
En que no está allí bienvenida.

¿Y Rafael Gómez á lo que puede salir de un huevo?
En que unas veces es gallo y otras gallina.

¿En qué se diferencian Enrique Vargas y el presente número de EL ARRASTRE?
En que aquél es el *Minuto* y éste el *segundo*.

¿Y Gaona y una fregatriz guarra?
En que al uno le da por el cambio de rodillas, y á la otra no.

¿Y el «sex» *Chico de la Blusa* y un obispo protestante?
En que el segundo no es pastor.

¿Y los colmillos de la boca y los de EL ARRASTRE?

En que aquéllos nunca son *incisivos*, y éstos, á veces, sí.

EL RIÑÓN CUBIERTO

Por un precio que es tan módico, ¿quién no compra este periódico?

Por «seguiriyas»

Manque m'embistas, toro,
yo no te pico,
poique gano mu poco
p'haserme rico.
Y ¡olé salero!
que me dan dos pesetas
por ser piquero.

Si poique t'orvasionan
te pones tonto,
miá qu'hay torres mu grandes
que se hunden pronto.
¡Tendría guasa
qu: no t'orvasionasen
los de tu casa!

No pienses que en las cayes
pongan tu nombre,
poique eso es pa presonas
de más renombre.
¡Güeno estaría
que lápidas tuviese
la torería!

Bienvenías no tengo
que darte ahora,
puesto que no ha yegao
pa eso aún la hora.
Pa bienvenías
s'aguarda á los finales
de las corrias.

No te las des, chiquiyo,
de güen torero,
poique aún tiés las jechuras
de noviyero.
Cuando tú crescas,
pué que, sin ser mú grande,
me lo parescas.

No te espantes, gitano,
de los bureles;
que no tiés un rasimo
de churumbeles.
Ni hagas er eso,
manque seas un niño
supestisioso.

«Me causó tu mudansa
gran pesadumbre»;
que antes jechabas chispas,
y hoy no das lumbre.
¡Mardita sea!

Hacer callar á EL ARRASTRE
será lo que tase un sastre.

EL ARRASTRE es el RAFAEL GASSET de los maletillas taurómicos, y RAFAEL GASSET es EL ARRASTRE de los personajes políticos.

ESTÓMAGO

Curación del 69 por 100 de las afecciones estomáticas y de las luchas intestinales con la Elipsis Estoematar de Hayque de Jarnos.

DISPENSA

desde hace-días hasta gómitos, flatulencias, contracciones de la vejiga, arrugamientos del ombligo, alargamientos del brazo, caídas al callejón de cabeza, falta de hombría, deposiciones por la jindama; vigoriza los atributos masculinos; el torero cobra más, digiere mejor y se nutre. Se hace de tripas corazón.

De venta en las principales Plazas de la Península, Islas Adyacentes, Europa, Africa y América.

¡Qué poco fuego tiene tu chimenea!

«Argún día te quise,
poique no supe
der pie que cojeabas
ni tus embustes»
Pero hoy t'arviero
que dengún e jitranco
me da er camelo.

«¡Anda con mil demonios!
Que no hay pasensia»
que sufra los vaivenes
de tu dolensia.
«¡Cuerno contigo!
¿T'has pensao, arma mía,
jugar conmigo?»

Perdona si me salgo
por seguiriyas;
pero es que tú me sacas
de mis casiyas.
¡Que los maletas
ganen en estos tiempos
seis mil pesetas!

EL DE LAS QUALDRAPAS

Los ídolos de ayer
hoy se les verá caer.

CURIOSIDADES

Número de corridas de toros en que han tomado parte (Plaza nueva de Barcelona, 1900 1911) los espadas siguientes:

Bombita II, Machaquito y Gallo, 17.—Chucuelo, 10.—Conejito, 9.—Fuentes, 8.—Algabeño, Moreno de Algeciras y Cocherito de Bilbao, 6.—Guerrero y Vicente Pastor, 5.—Mazzantinito y Bienvenida, 4.—Minuto, Lagartijillo, Reverte, Quinto, Padilla, Montes, Regaterín, Segura, Lombardini y Pedro López, 3.—Pepete y Relampaguito, 2.—Litri, Velasco, Pepe-Hillo, Faico, Villita, Valentín, Camisero, Moreno de Alcalá, Vázquez, Mandos y Serranito, 1.

Ganaderías que figuran en los carteles de toros de dicha época y en la misma plaza:

Arribas, 7 corridas.—Veragua, 6.—Miura, 5. Hernández, Santamaría y Conradi, 4.—Saltillo, Villamarta, Murube, Oraolaurruchi, Lozano, Surga, Pérez de la Concha y Campos, 3. Pablo Romero, Concha y Sierra, Benjumea, Ibarra, Olea y Santa Coloma, 2.—Espoz y Mina, Aleas, Gamero Cívico, Barriónuevo, Cámara, Pobes, Ripamilán, Nandín, Carriquiri, Urcola, Carreros y Guadalest, 1.

Imp. y Lit. EL PORVENIR
MARTÍNEZ DE VELASCO Y COMPANÍA
PIZARRO, 15.—TELÉFONO 2.414.—MADRID

Aunque grite á voz en cuello,
ni Dios me corta el resuello.

Mal de orina, estrecheces de la uretra y encogimientos de los riñones, se curan con una inyección de suero viril. Hay que jeringarse.

Hules para camillas. Tenemos un variado surtido para picadores de alivio y peones de albañil del tereo. El que los prueba vuelve á su casa con hombros.

EL ARRASTRE

Se publica á la mañana siguiente de los días en que haya corrida de abono en esta Plaza.

☆ ☆

Toda la correspondencia al Administrador:
Calle del Divino Pastor, núm. 22, 3.º izquierda.